

GUADAMECIES, por JOSE FERRANDIS TORRES

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Discurso leído en el acto de su recepción pública el día 7 de mayo de 1945, y Contestación del Excmo. Sr. D. Manuel Escrivá de Romani, Conde de Casal. - Madrid

Estades, 1945. - 69 págs.

Con ocasión de recibir públicamente la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando al ilustre catedrático de la Universidad Central D. José Ferrandis Torres, pronunció éste su discurso de ingreso en la docta casa lleno de erudición y de estudio, desarrollando el tema expositivo de una de las artes decorativas de más pura raíz española: los cueros artísticos nacionales, singularmente el guadamecí, elemento decorativo de origen árabe, que se ajustaba al espíritu brillante y fastuoso del Mediterráneo, por lo que pudo ofrecer en nuestra patria los ejemplares acaso más bellos conseguidos por esta industria artística, tan renombrada desde tiempos antiguos.

Si comparamos el desmedido afán de los investigadores superficiales, que cifran su mayor orgullo en escribir sobre los temas más apasionantes de la historia del hombre, sin aportar nada nuevo que justifique sus pasos sobre un camino ya transitado, con el interés del científico por las cosas pequeñas, productos de la actividad del arte en sus manifestaciones menos ampulosas, sí, pero tal vez más reveladoras por ello de la peculiaridad íntima de los tiempos pretéritos, apreciaremos debidamente en lo que vale la labor de este eminente arqueólogo, que hunde su mirada en la historia del guadamecí, el cuero de suavidades de seda, que fué ornamento, a veces con motivos pictóricos, de salones e iglesias, desde la época del Emirato de Córdoba hasta el siglo XVIII, en que desaparece, con la venida de modas extrañas, la industria guadamecilera española.

El economista Sancho de Moncada, en 1619, y más tarde Jovellanos se lamentaban con amarga nostalgia de la decadencia de tantas artes industriales como habían desaparecido, o llevaban una existencia precaria, sin que nadie—por iniciativa pública ni privada—pusiese en obra el oportuno remedio. Los intentos realizados en las postrimerías del pasado siglo por la industria catalana no bastaron a hacer florecer de nuevo la técnica de los cueros policromos, que durante centurias fueron apreciados con extraordinarias manifestaciones de arte singular, regalo de reyes, mencio-



nados profusamente, lo que demuestra su aprecio y su auge en el texto medieval del cantar de Mío Cid y en la literatura hispana del Siglo de Oro.

Aunque la notable disertación del señor Ferrandis está dedicada preferentemente al estudio del guadamecí, nos da también abundantes noticias de otro curtido, también árabe, el cordobán, que toma nombre de la capital del Emirato y del cual derivan las voces francesas *cordouuanier* y *cordonnier* y la inglesa *cordwainer*, expresando el oficio del zapatero que trabaja con cueros, según la pauta cordobesa.

Esta bella industria artística, de la que se hacían las fundas de espadas granadinas, con primores de repujado o bordado, y el forro de algunas arquetas hispanoárabes, sirviendo también, aunque menos que el guadamecí, como cuero decorativo, alcanzó una extraordinaria difusión por toda Europa, como lo prueban los versos medievales de Teodulfo, Obispo de Orleáns, y los Estatutos de los Oficios de París, del año 1350, que ensalzan su calidad y la abundancia que de él había en la villa de aquel entonces.

De mayor valor práctico que el guadamecí, su declive fué menos acusado, y en el siglo XVIII todavía existe una importante industria, según nos relata el cultísimo Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en su bien documentado discurso de recepción académica—contestado por el Conde de Casal, con una justa y elogiosa semblanza—sobre el desarrollo de la interesante historia de los cueros policromados hispanoarábicos.

Tras de desarrollar, en amplias notas históricas, las características que ofrecen los distintos talleres de fabricación española—Granada, Toledo, Sevilla, Valencia, Barcelona, Valladolid, Jaén, y Córdoba—, ocúpase seguidamente de la técnica guadamecilera y de la ordenación gremial, con ella conexas; pasando, por último, a la exposición de sus múltiples manifestaciones (tapicería, alfombras, tapetes de mesa, cobertores de altar y de cama, sillones, almohadas y cojines y obras pictóricas), todo ello desenvuelto con maestría y competencia singulares que nos hace enorgullecernos con legítimo placer de aquellas espléndidas muestras de nuestros artífices de centurias pasadas, que supieron imprimir a sus obras el destello de su arte, para admiración indeleble de los productos de España.

PABLO ALVAREZ RUBIANO